



ROGER ZELAZNY

**EL AMOR ES
UN NÚMERO
IMAGINARIO**

Quince relatos acerca del hombre en el futuro, viviendo en otros mundos, fabricando sirvientes mecánicos, diseñando nuevas formas para su propio cuerpo. Entre ellos hay dos clásicos: «*Las puertas de su cara, las lámparas de su boca*» (premio Nebula 1965), sobre la pesca en los mares de Venus de la criatura más grande del sistema solar, y «*Una rosa para el Eclesiastés*», finalista del premio Hugo en 1964 y que Theodore Sturgeon describió en estas palabras: “*Una de las obras de arte más hermosamente escritas, hábilmente compuestas y apasionadamente expresadas que hayan aparecido en alguna parte, alguna vez*”.

Para mi madre

PRÓLOGO

Roger Zelazny es uno de los grandes escritores de ciencia ficción. Pero hace mucho tiempo que pienso —no soy el único— que si los lectores que no leen ciencia ficción echaran un vistazo a sus relatos, se zambullirían en ellos con la misma avidez que reservan para la obra de un Saul Bellow o un Camus.

La intensidad demoníaca de Zelazny, la mezcla de poesía auténtica y prosa vertiginosa, las tramas ágiles y lógicas, el conocimiento de las obsesiones y tragedias del corazón humano, deberían atraer a quienes desdeñan la ciencia ficción.

Ahora permítaseme decir algo acerca de mí mismo. No es una digresión. No se aparta del tema que estamos tratando. Desde los diez años quise ser escritor, pero por algún motivo no pensaba hacer carrera escribiendo ciencia ficción o fantasía. Durante muchos años quise ser un escritor que no estuviera encasillado en ningún género. Pero de algún modo cambié de rumbo. Me convertí en un escritor de ciencia ficción.

Años antes de que eso ocurriera, había escrito algunos cuentos con la esperanza de venderlos a revistas prestigiosas como *Story*, que publicaban literatura experimental, literatura a secas, a menudo sombría y deprimente, junto con algunos relatos fantásticos. También enviaba cuentos

apenas comerciales a publicaciones como *Saturday Evening Post* y *Liberty*. Todo en vano. Pero recibí suficientes comentarios alentadores como para seguir escribiendo.

Entonces, en 1952, tuve una idea para una novela de ciencia ficción, *Los amantes*, que vendí y me permitió iniciar una carrera dentro del campo de la ciencia ficción. A pesar de haber alcanzado un cierto éxito, siempre me he preguntado qué cosas podría haber hecho si hubiera desechado mis electrizantes ideas sobre Marte, los universos paralelos y la sexobiología de los alienígenas y me hubiera centrado en la psiquis humana de la cenagosa Tierra de nuestros días.

Esa idea me hizo hablar con Ted Sturgeon, un gran escritor de ciencia ficción y fantasía en las décadas de 1940 a 1960, sobre su potencial como escritor a secas. Su brillante imaginación y su preocupación y compasión por los seres humanos y el estilo de su prosa podían funcionar tan bien en cualquier campo de la literatura como en la ciencia ficción y la fantasía.

Su respuesta fue sencilla. Amaba demasiado este género para irse a otro campo. Además, ya había intentado escribir otro tipo de literatura y no había tenido éxito.

Unos años más tarde, en la década de 1960, surgió de la ciencia ficción, como un cohete brillante rumbo a la luna, un nuevo y joven escritor, Roger Zelazny. Sus primeras obras, *This Immortal*, *The Dream Master*, «Las puertas de su cara, las lámparas de su boca», ganaron el Hugo y el Nebula, los dos premios más codiciados y prestigiosos del género. Después escribió otro buen número de relatos inolvidables.

Como muchos lectores de ciencia ficción, me sentí más que impresionado. No, no sólo impresionado. Conmocionado, vibrando como un diapasón. Tanto que le pregunté a Zelazny si había pensado en dirigir su enorme talento hacia la corriente principal de la literatura. Para entonces, la ciencia ficción, que había sido un campo literario relativamente

pequeño y despreciado por los académicos y por gran parte del público lector, estaba creciendo y valorizándose. También estaba mejor remunerada.

Sin embargo, si quería conseguir más lectores y la atención de los críticos literarios y de los profesores universitarios, podía intentar escribir obras fuera del género. Su talento era demasiado luminoso para andar poniéndole límites. Tenía que darle libertad y observar los resultados.

Contestó que había pensado algunas veces en hacer eso. Pero ¿de qué le servía a un hombre ganar el mundo si perdía el alma?

No volvió a tocar el tema. Me dejó intrigado, pensando qué había querido decir exactamente. Lo que había querido decir era que con el mundo de la ciencia ficción le bastaba, que en él tenía todo el espacio necesario para hacer lo que quería.

Eso me agradó. Pero sigo creyendo que si él no quiso ir hacia el lector general, ese lector debería ir hacia él. Lee estos cuentos y verás por qué.

PHILIP JOSÉ FARMER
Peoria, Illinois, febrero de 2000.

LAS PUERTAS DE SU CARA, LAS LÁMPARAS DE SU BOCA

Soy un cebador. Nadie nace con la condición de cebador, excepto en una novela francesa, donde les ocurre a todos. (De hecho, creo que ése es el título: *Todos somos cebo*. ¡Uf!). Cómo llegué a esa situación tiene escaso interés narrativo y nada que ver con los neo-ejecs, pero los días de la bestia merecen algunas palabras, y aquí están.

Las Tierras Bajas de Venus se extienden entre el pulgar y el índice del continente llamado Mano. Cuando entras en el Callejón de las Nubes, éste, sin previo aviso, te arroja su pelota negro-plateada. Entonces tú saltas dentro de ese bolo con fuego en la cola donde te han metido, pero las correas impiden que hagas el ridículo. Después por lo general te ríes, pero primero siempre saltas.

A continuación estudias la Mano para conjurar su ilusión, y los dos dedos medios se convierten en archipiélagos con docenas de anillos mientras los dedos exteriores se definen como penínsulas verdigrises; el pulgar es demasiado corto y se enrosca como la cola embrionaria del Cabo de Hornos.

Aspiras oxígeno puro, quizá sueltas un suspiro e inicias el largo descenso hacia las Tierras Bajas.

Allí la zona de aterrizaje de Línea de la Vida —así llamada por su cercanía al gran delta de la Bahía Oriental—, si-

tuada entre la primera península y el «pulgar», te atrapa como si fueras una pelota de béisbol. Durante un minuto parece que te vas a desviar y no acertar a Línea de la Vida y terminar como marisco enlatado, pero después —prescindiendo de las metáforas— descendes sobre el cemento chamuscado y presentas tu guía telefónica de autorizaciones al hombre pequeño y gordo de gorra gris. Los papeles demuestran que no estás sujeto a misteriosas podredumbres internas, etcétera. Después el hombre te sonríe con aquella sonrisa pequeña, gorda y gris y te señala con la mano el autobús que te lleva a la Zona de Recepción. En la ZR pasas tres días demostrando que ciertamente no estás sujeto a misteriosas podredumbres interiores, etcétera.

Pero el aburrimiento es otra podredumbre. Cuando terminan esos tres días, generalmente arremetes con fuerza contra Línea de la Vida, que devuelve el cumplido por puro reflejo. Los efectos del alcohol en otras atmósferas es un tema sobre el cual los expertos han escrito numerosos volúmenes, así que limitaré mis comentarios a señalar que una buena juerga merece por lo menos una semana, y a menudo su estudio justifica toda una vida.

Yo había sido un estudiante excepcionalmente prometedo (en realidad no había pasado de eso) que llevaba dos años de carrera cuando el *Agua Brillante* cayó a través de nuestro techo de mármol y vertió a su gente como dianas en la ciudad.

Pausa. Del Almanaque Universal, sobre Línea de la Vida: «... Ciudad portuaria en la costa oriental de Mano. Los empleados de la Agencia para la Investigación No Terrestre comprenden aproximadamente el 85% de sus 100.000 habitantes (censo de 2010). Los demás residentes son sobre todo empleados mantenidos por varias compañías industriales dedicadas a la investigación básica. El resto de los habitantes está formado por biólogos marinos independientes, adinerados entusiastas de la pesca y buscavidas diversos».

Recurrí a Mike Dabis, un aventurero como yo, y le hablé del pésimo estado de la investigación básica.

—No es eso lo que se murmura.

Hizo una pausa escudado detrás de su vaso antes de continuar el lento proceso de tragar el líquido, calculado para asegurarse mi interés y mi lealtad antes de continuar.

—Carl —comentó finalmente, jugando al póquer—, están poniendo en forma Diezcuadrados. —Podría haberlo golpeado. Podría haberle llenado el vaso de ácido sulfúrico y quedarme mirando con regocijo cómo se le ennegrecían y agrietaban los labios. Pero gruñí una evasiva.

—¿Quién es el tonto dispuesto a gastar cincuenta mil por día? ¿ANR?

Movió la cabeza.

—Jean Luharich —dijo—, la chica de las lentillas violeta y cincuenta o sesenta dientes perfectos. Tengo entendido que sus ojos son en realidad marrones.

—¿Ahora no le basta con vender crema facial?

Mike se encogió de hombros.

—La publicidad hace andar la maquinaria. Las Empresas Luharich saltaron dieciséis puntos cuando ella recogió el Trofeo del Sol. ¿Alguna vez jugaste al golf en Mercurio?

Había jugado, pero pasé eso por alto y seguí insistiendo.

—¿Así que viene aquí con un cheque en blanco y un anzuelo?

—*Agua Brillante*, hoy —dijo con un movimiento afirmativo de cabeza—. Tendría que haber llegado ya. Muchas cámaras. Está desesperada por un lkky.

—Ajá —dije—. ¿Cuán desesperada?

—Contrato de sesenta días en Diezcuadrados. Cláusula de prórroga indefinida. Depósito de millón y medio —recitó.

—Pareces estar muy enterado.

—Estoy en Reclutamiento de Personal. Las Empresas Luharich me contrataron el mes pasado. Conviene beber en

los sitios adecuados.

—O ser dueño de ellos. —Mike sonrió burlonamente.

Aparté la mirada y tomé un sorbo de aquel brebaje amargo. Después de un rato tragué algunas cosas y le pregunté a Mike qué esperaba que le preguntara, abriendo así las puertas a su discurso mensual de templanza.

—Me pidieron que tratara de conseguirte —dijo—. ¿Cuándo navegaste por última vez?

—Hace mes y medio. En el *Corning*.

—Poca cosa —resopló—. ¿Cuándo estuviste abajo, en persona?

—Hace ya tiempo.

—Más, de un año, ¿verdad? ¿Fue cuando te cortó la hélice, debajo del *Delfín*?

Me volví hacia él.

—Estuve en el río la semana pasada, en Angleford, donde las corrientes son fuertes. Todavía puedo desenvolverme bien.

—Sobrio —agregó.

—Me mantendría en ese estado —dije— para un trabajo como éste.

Una dubitativa inclinación de cabeza.

—Tarifa sindical. Pago triple en circunstancias extraordinarias —recitó—. Preséntate en el Hangar Dieciséis con tu equipo el viernes por la mañana, a las cinco. Nos largamos el sábado al amanecer.

—¿Tú formarás parte de la partida?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por el dinero.

—Guano de Ikky.

—El bar no anda muy bien, y mi chica necesita visones nuevos.

—Repito...

—... Y quiero alejarme de ella, renovar mi contacto con las cosas esenciales: el aire fresco, el ejercicio, el dinero...

—Está bien, perdón por la pregunta.

Le serví un trago, concentrándome en H₂SO₄, pero no se transmutó. Finalmente conseguí emborracharlo y salí a la noche a caminar y a pensar un poco.

En los últimos cinco años se habían hecho alrededor de una docena de intentos serios de sacar del agua al *Ichthyform Leviosaurus Levianthus*, generalmente conocido como «Ikky». Cuando fue avistado por primera vez se usaron técnicas de pesca de ballenas. Esas técnicas resultaron infructuosas o desastrosas, y se inauguró un nuevo procedimiento. Un deportista rico llamado Michael Jandt, que metió toda su fortuna en el proyecto, construyó Diezcuadrados.

Después de un año en el océano Oriental, regresó para presentar una declaración de quiebra. Carlton Davits, un playboy aficionado a la pesca, compró entonces la enorme plataforma y se puso a buscar el lugar de desove de Ikky. El decimonoveno día sufrió un ataque y perdió equipo por valor de ciento cincuenta billetes, junto con un *Ichthyform Levianthus*. Doce días más tarde, usando sedal triple, enganchó, narcotizó y empezó a alzar la enorme bestia, que entonces despertó, destruyó una torre de control, mató a seis hombres e hizo grandes destrozos en cinco de los bloques de Diezcuadrados. Carlton quedó parcialmente hemipléjico y con una demanda por quiebra. Se desvaneció en la atmósfera portuaria y Diezcuadrados cambió de dueño cuatro veces más, con resultados menos espectaculares pero igual de caros.

Finalmente, la enorme plataforma, construida para un solo propósito, fue comprada en una subasta por ANR para «investigación marina». Pero la Lloyd's sigue sin querer asegurarla, y la única investigación marina que ha conocido es el alquiler esporádico, a cincuenta billetes por día, a personas ansiosas por contar historias sobre el Pez Leviatán. He sido cebador en tres de esos viajes, y en dos ocasiones he estado lo suficientemente cerca como para contar los col-

millos de Ikky. Por razones personales, quiero, uno para mostrarlo a mis nietos.

Miré hacia la zona de aterrizaje y tomé una decisión.

—Chica, tú me quieres por el color local. Quedaré bien en el artículo y todo eso. Pero no te olvides: si alguien te va a pescar un Ikky, seré yo. Lo prometo.

Estaba en la plaza vacía. Las nebulosas torres de Línea de la Vida compartían sus nieblas.

Costa hace un par de eras, la ladera occidental por encima de Línea de la Vida se extiende hasta sesenta kilómetros tierra adentro en algunos lugares. Su ángulo de elevación no es muy pronunciado, pero alcanza una altura de varios centenares de metros antes de encontrar la cadena de montañas que nos separa de las Tierras Altas. Unos seis kilómetros tierra adentro y doscientos metros más arriba de Línea de la Vida se encuentran la mayoría de las pistas de aterrizaje y los hangares privados. El Hangar Dieciséis alberga los Taxis de Alquiler de Cal, servicio de saltadores, de la costa al barco. No me gusta Cal, pero no estaba por allí cuando bajé del autobús y saludé con la mano a un mecánico.

Dos de los saltadores tironeaban del cemento, impacientes debajo de los halos del ala voladora. Aquel en la que estaba trabajando Steve eructaba por el carburador y se estremecía de manera espasmódica.

—¿Dolor de barriga? —pregunté.

—Sí, gases y acidez gástrica.

Hizo girar tornillos hasta lograr un sonido uniforme y se volvió hacia mí.

—¿Vas a salir?

Asentí.

—Diezcuaadrados. Cosméticos. Monstruos. Cosas por el estilo.

Steve parpadeó a la luz de los focos y se secó las pecas. La temperatura era de unos seis bajo cero, pero los gran-

des reflectores que había encima tenían un doble propósito.

—Luharich —masculló—: Entonces eres tú. Hay unas personas que quieren verte.

—¿Para qué?

—Cámaras. Micrófonos. Cosas por el estilo.

—Mejor que meta mi equipo. ¿Cuál voy a usar?

Steve apuntó con el destornillador hacia el otro saltador.

—Aquél. A propósito, en este momento estás en cinta de vídeo. Querían filmar tu llegada.

Miró hacia el hangar y después me miró a mí.

—Sonríe. Los primeros planos los filmarán más tarde.

No sonreí exactamente. Debían de estar usando teleobjetivos y podían leer mis labios, porque esa parte de la cinta no se mostró nunca.

Tiré los trastos en la parte trasera, me metí en un asiento de pasajero y encendí un cigarrillo. Cinco minutos más tarde el propio Cal salió del cobertizo de la oficina con cara de frío. Se acercó y dio un golpe en el costado del saltador. Apuntó con un dedo hacia el hangar.

—¡Te quieren allí dentro! —gritó haciendo bocina con las manos—. ¡Entrevista!

—¡El espectáculo ha terminado! —contesté con otro grito—. ¡Eso, o que se busquen a otro cebador!

Los ojos marrón óxido de Cal se convirtieron en cabezas de clavos debajo de las cejas rubias, y su mirada en una púa mientras daba media vuelta y se alejaba. Me pregunté cuánto le habrían pagado por sentarse en el hangar y consumir energía del generador.

Conociendo a Cal, supongo que bastante. De todos modos, nunca me gustó.

Venus de noche es un campo de aguas azabache. En las costas nunca sabes dónde termina el mar y comienza el cielo. El amanecer es como echar leche en un tintero. Primero hay unos irregulares coágulos blancos y después franjas. Mantén en la sombra la botella para obtener un coloide

gris y después mira cómo blanquea un poco más. De repente ha llegado el día. Entonces empieza a calentar la mezcla.

Tuve que despojarme de la chaqueta mientras volábamos sobre la bahía. Detrás de nosotros, la línea del horizonte podría haber estado sumergida por la forma en que flameaba y ondeaba. Un saltador puede llevar a cuatro personas (cinco, si quieres violar las normas de seguridad y subestimar el peso), o a tres pasajeros con el tipo de equipo que usa un cebador. Pero yo era el único pasajero, y el piloto era como su máquina. Canturreaba y no hacía ningún ruido innecesario. Línea de la Vida dio un salto mortal y se evaporó en el espejo retrovisor más o menos en el mismo momento en que Diezcuadrados aparecía en el horizonte delantero. El piloto dejó de canturrear y sacudió la cabeza.

Me incliné hacia adelante... Las sensaciones me revolvián las tripas. Conocía cada centímetro de aquella enorme plataforma, pero las sensaciones que alguna vez diste por sentadas cambian cuando no tienes la fuente a tu alcance. La verdad era que yo había dudado de que volviera a abordar aquella vieja mole. Pero ahora podía creer en la predestinación. ¡Allí estaba!

Una embarcación del tamaño de un campo de fútbol y cuadriculada como un tablero de juego. Movidada por energía atómica. Chata como una tabla, salvo por la burbuja de plástico en el centro y las «torres de ajedrez» en proa y popa, a babor y estribor.

Las torres de ajedrez recibían ese nombre porque estaban colocadas en las esquinas y podían trabajar en parejas para levantar cosas usando los arpogarfios. Los arpogarfios —mitad arpón, mitad garfio— pueden subir pesos enormes hasta cerca del nivel del agua; pero su diseñador sólo había pensado en una cosa, lo que explica la parte arpón. Al nivel del agua, el Deslizador tiene que ejecutar un ascenso de dos a tres metros antes de que los arpogarfios estén en posición de empujar hacia arriba más que de tirar.

El Deslizador es esencialmente un compartimiento móvil, una caja grande capaz de moverse por cualquiera de las acanaladuras que entrecruzan Diezcuadrados y forman su simetría y «anclarse» por medio de una poderosa sujeción electromagnética. Sus cabrestantes podían alzar un barco de guerra toda la distancia necesaria, y antes de que se soltara el Deslizador era más fácil que se inclinara toda la embarcación, lo cual da una idea de la fuerza de esa sujeción.

El Deslizador aloja una sección operada por un indicador de control que es el «carrete» más sofisticado que se haya diseñado nunca. Extrae su energía del generador al lado de la burbuja central, y está conectado por onda corta con la sala de sonar, donde se registran los movimientos de la presa y son repetidos al pescador sentado delante de la sección de control.

El pescador puede jugar con los «sedales» durante horas, incluso días, sin ver nada más que metal y una silueta en la pantalla. Sólo cuando el animal queda enganchado y la plataforma extensible, situada a cuatro metros por debajo de la línea del agua, se desliza hacia fuera como apoyo y empieza a ayudar a los tornos, sólo entonces ve el pescador su presa alzándose delante de él como un serafín caído. Luego, como averiguó Davits, uno mira al abismo y se le requiere que actúe. Él no lo hizo, y un centenar de metros de inimaginable tonelaje, medio narcotizado y dolorido, rompió los cables del cabrestante, hizo restallar un enganche, y se tomó un paseo de medio minuto a través de Diezcuadrados.

Dimos vueltas hasta que el señalizador mecánico se dio cuenta y nos hizo señas de que bajáramos. Nos posamos a un lado de la escotilla del personal y lancé mi equipo y salté a cubierta.

—Suerte —dijo el piloto mientras la puerta se deslizaba y se cerraba. Luego danzó en el aire y la bandera de señales cliqueteó y quedó vacía.

Me eché el equipo al hombro y fui abajo.